

LOS CUATRO HERMANOS LISTOS

CUENTO DE LOS HERMANOS GRIMM. ADAPTACIÓN DE PATRICIA ROGGIO

Érase un campesino muy pobre que tenía cuatro hijos. El mayor se llamaba Pedro. Lo seguían José y Manuel, y el menor era Juan. Un día, su padre los llamó y, con gran dolor, les dijo:

—Hijos míos, es preciso que nos separemos, pues yo no tengo nada para darles. Vayan a recorrer el mundo, aprendan un oficio y ábranse camino en la vida.

Los jóvenes se prepararon y, al día siguiente, se despidieron de su padre y partieron juntos. Pero después de caminar varias horas, llegaron a una encrucijada desde la que salían caminos en cuatro direcciones. Entonces, Pedro dijo:

—Aquí vamos a separarnos. Cada uno tomará un camino y buscará fortuna por su lado. Pero dentro de cuatro años, volveremos a reunirnos en este mismo lugar.

Así lo hicieron. El camino que siguió el hermano mayor lo llevó a internarse en un bosque. Y cuando se hizo de noche y las sombras de los árboles tomaron formas amenazadoras, se encontró frente a una cabaña. En su interior había luz, así que tocó a la puerta.

Un hombre abrió y le preguntó qué quería.

—Encontrar un lugar donde vivir y también aprender un oficio —le respondió el muchacho.

—Si lo deseas, quédate conmigo y aprenderás a ser ladrón —le contestó el desconocido.

Pedro era un buen muchacho y sabía que el de ladrón no era un oficio y, mucho menos, un oficio honesto. Sin embargo, se dejó convencer porque quería aprender a meterse en cualquier parte sin que nadie se diera cuenta y sin dejar rastros. Y al cabo de algún tiempo, logró ser más hábil que su maestro, el ladrón.

José, el segundo hermano, también caminó días y días, hasta que llegó a la casa de un anciano que lo recibió y le preguntó qué quería aprender. Y como el joven le respondió que no lo sabía, le propuso:

—Quédate conmigo y serás astrónomo. Es el mejor de los oficios, pues no habrá nada que no puedas ver.

José aceptó y el anciano le enseñó tanto y tan bien que llegó a ser un gran astrónomo. Al terminar su aprendizaje, su maestro se despidió, le regaló un telescopio y le dijo:

—Con esto podrás ver todo lo que ocurre en la Tierra y en el cielo. Nada se ocultará a tu mirada.

En su camino, el tercer hermano conoció a un experto cazador que le enseñó todos los secretos de su oficio. Y fue tan buen alumno que pronto su puntería superó a la del maestro. Y cuando llegó el tiempo de marcharse, el cazador le obsequió una escopeta y le dijo:

—Donde pongas el ojo, allá irá la bala. Jamáserrarás la puntería.

Juan, el menor de los hermanos, se dirigió hacia una ciudad, pues pensaba que allí le sería más fácil encontrar un oficio que le permitiera vivir sin privaciones.



Pero se cansó de dar vueltas por sus calles y, preocupado, se sentó frente a una tienda en la que se vendían hermosos géneros. Entonces, un hombre que salía lo vio y le preguntó:

—¿Qué buscas en esta gran ciudad, muchacho?

—Deseo encontrar a alguien que me enseñe un buen oficio. Solo busco ganarme la vida honradamente.

—¿Y no te gustaría ser sastre?

A Juan no lo atraía demasiado la idea de pasar tantas horas sentado, con la espalda doblada sobre un género y la aguja siempre en la mano. Pero el hombre le aseguró:

—Si trabajas conmigo, aprenderás a ser un verdadero artista y no un simple costurero.

El muchacho se convenció, se fue con el sastre y aprendió su profesión. Y cuando terminó el aprendizaje y se despidió, su patrón le dio una aguja y le dijo:

—Con esta aguja podrás coser todo lo que llegue a tus manos, aunque sea duro como el acero. Y la costura quedará tan bien que ni se notará.

Pasaron los cuatro años convenidos y los hermanos volvieron a encontrarse en el mismo lugar en que se habían separado. Y después de abrazarse y saludarse, regresaron a su casa.

El campesino los recibió lleno de felicidad y los cuatro hijos le contaron dónde habían estado y lo que cada uno había aprendido. Pero el anciano quiso asegurarse de que volvían convertidos en hombres hábiles en su oficio y decidió ponerlos a prueba.

—Quiero ver qué saben hacer —les dijo. Y mirando hacia arriba, descubrió que en lo más alto de la copa de un árbol altísimo, había un nido de palomas. Entonces, lo señaló y le pidió a su segundo hijo—: Dime cuántos huevos hay en ese nido.

José tomó su telescopio, lo apuntó hacia el nido y respondió:

—Cinco.

Entonces, el padre le ordenó al mayor:

—Ve a buscar los huevos sin que lo note el pájaro que los está empollando.

Pedro subió al árbol y, sin que la paloma se diera cuenta, le robó los cinco huevos.

El padre puso un huevo en cada esquina de la mesa y el quinto en el centro, y le dijo a su hijo, el cazador:

—Debes romper los cinco huevos solo con un tiro.

Manuel apuntó con su escopeta, disparó, la bala fue rebotando en las paredes de la habitación y partió por la mitad los cinco huevos.

—Ahora te toca a ti —le dijo el padre a su hijo menor—. Cose los huevos con los pichones adentro, de modo que no se note que la bala los rompió.

Juan sacó su aguja y cosió los cinco huevos. Y cuando terminó, Pedro volvió a subir al árbol y los colocó en el nido, debajo de la paloma que siguió empollándolos sin notar nada. A los pocos días, nacieron las palomitas.

—Tengo que felicitarlos —les dijo el padre a los cuatro muchachos—. Sin duda emplearon bien su tiempo y aprendieron cosas muy útiles.

Poco después, llegó la noticia de que un temible dragón había raptado a la princesa y que el rey había hecho un anuncio: quien rescatara a su hija se casaría con ella.

—Esta es una gran oportunidad para nosotros —dijeron los hermanos y decidieron partir juntos a liberar a la princesa.

—Pronto sabré dónde encontrarla —aseguró el astrónomo y, mirando por su telescopio, anunció—: ¡La veo! Está muy lejos, sobre una roca en medio del mar. Y a su lado hay un dragón que la vigila.

De inmediato, los cuatro hermanos fueron a ver al rey, le pidieron un barco y se hicieron a la mar, con rumbo a la roca.

Cuando llegaron, vieron que el dragón dormía.

—Voy a disparar —murmuró el cazador desde la proa del barco.

Y ya estaba apuntando, cuando José vio, con la ayuda de su telescopio, que la princesa también dormía, entre las garras del monstruo. Entonces les advirtió a sus hermanos:

—No debemos hacer nada que la ponga en peligro. Si la bestia herida se mueve, podría apretujarla.

—Voy a intervenir yo —anunció Pedro y, sin perder un minuto, nadó hasta la roca, sacó a la doncella de entre las garras del dragón y la llevó al barco, tan rápido y tan silenciosamente que el monstruo no se dio cuenta de nada y siguió roncando.

Contentísimos, los cinco emprendieron el viaje de regreso. Pero el dragón se despertó y, como no encontró a la princesa, salió furioso a buscarla, volando y lanzando sus terroríficos soplidos.

Pronto alcanzó el barco. Y cuando estaba sobre él y se preparaba para lanzarle una bocanada de fuego, el hermano cazador lo apuntó con su escopeta, y disparó una bala que le atravesó el corazón. ¡Se salvaron de morir quemados!



Pero entonces, el enorme monstruo muerto se desplomó sobre el barco y lo destrozó. Los cuatro hermanos y la princesa alcanzaron a aferrarse a unas tablas y quedaron flotando a la deriva.

La situación era desesperada y creyeron que iban a morir. Sin embargo, el sastre sacó de un bolsillo su aguja maravillosa, cosió las tablas y todas las otras partes del barco que flotaban a su alrededor. Y lo hizo con tanta perfección que, muy pronto, la nave volvió a navegar y los hermanos regresaron triunfantes al reino.

El rey abrazó y besó a la princesa y les dijo a los cuatro hermanos:

—Prometí que quien rescatara a mi hija se casaría con ella. ¿Cuál fue su salvador?

—Si yo no hubiera descubierto dónde estaba la princesa, nada podrían haber hecho ustedes. Por lo tanto, yo debo casarme con ella —les dijo el astrónomo a sus hermanos.

Pero Pedro replicó:

—¿De qué habría servido encontrarla, si yo no la hubiera sacado de entre las garras del dragón? Por lo tanto, es mía.

Entonces dijo Manuel, el cazador:

—El monstruo habría destrozado a la princesa y a todos ustedes, si mi bala no lo hubiera detenido. Por lo tanto, me corresponde ser su esposo.

Y Juan agregó:

—Y si yo no hubiera arreglado el barco con mi aguja, todos habríamos muerto ahogados. Por lo tanto, es mía.

Al ver que no se ponían de acuerdo, intervino el rey:

—Todos tienen derecho. Pero como la princesa no puede casarse con los cuatro, no se casará con ninguno. En su lugar, dividiré el reino en cinco partes. Yo me quedaré con una y les regalaré las otras cuatro.

Los hermanos estuvieron de acuerdo y, desde ese día, vivieron felices en compañía de su anciano padre quien, en cada estación, visitaba a cada uno de sus hijos.

-Fin-

